

Düsseldorf.—En el centro de esta ciudad, que pasa por ser la más rica de la Alemania Federal, entre el rascacielos del Tyssen-Konzan y la sede germana del Chase Manhattan Bank, en la cuna acolchada del más suntuoso de los teatros europeos (un record de modernidad que ha costado 42 millones de marcos), los espectadores asisten con escrupuloso interés al drama de la revolución traicionada. Y sus aplausos finales, como es de rigor, se levantan con puntual generosidad de la felpuda platea.

En el escenario, Lev Davidovic Bronstein, más conocido por el nombre de Trotsky. El creador del Ejército Rojo, inmóvil en el centro de la escena, habla con Diego Rivera y con André Breton.

Dice:

«Creo en la razón. No puedo renunciar a ella. Es mi fe. Mis problemas personales son cosa aparte. Para mí no existen cuestiones personales. Sólo existe la lógica de la revolución y está indisolublemente ligada a mi vida».

Dicho esto, se despide de sus amigos y se queda solo en la habitación. A los pocos minutos, la revolución muere sobre el escenario, asesinada por mano de un agente de Stalin.

Con esta escena termina el último drama de Peter Weiss, **Trotsky en el exilio**. Como los precedentes dramas de Weiss, es éste un montaje de documentos, una secuencia de trozos sacados de la biografía y la bibliografía de Trotsky. Y es el propio Trotsky el que los recita desde su exilio mexicano. El texto está compuesto de frases brevísimas, como si Weiss hubiese querido escribir, con preguntas y respuestas, un compendio de historia del bolchevismo.

Pero, ¿qué ha querido verdaderamente demostrar Peter Weiss con esta obra política suya, la cuarta después de «La Indagación», el «Fantoche lusitano» y el «Discurso sobre el Vietnam»?

Hace cinco años, en 1965, Peter Weiss se «convirtió al marxismo». Y como todos los conversos, demostró una devoción particular a la nueva iglesia; es decir, a la URSS y a su «establishment». Pero ahora, después de la intervención soviética en Praga, ha corregido el tiro con un brusco viraje y se ha puesto a bombardear el cuartel general. Como municiones utiliza las invectivas de Mao, la crítica antiburocrática de la izquierda (Weiss ha pedido consejo al belga Ernest Mandel, que, con el nombre de Germain, es uno de los jefes de la IV Internacional), la polémica antiautoritaria de los jóvenes contestatarios y, sobre todo, las tesis trotskistas.

En esta reconstrucción filológica, documental, de la vida de Trotsky, Weiss se ha propuesto dos objetivos: ofrecer una suma de las

TROTSKY, SEGUN PETER WEISS



Trotsky y su mujer en México, con el pintor Diego Rivera, que había gestionado el derecho de asilo para el creador del Ejército Rojo.

ideas del profeta antiestalinista y denunciar lo que él define como «traición de la Unión Soviética». Desde el primero hasta el último momento, el drama «Trotsky en el exilio» trata de contestar una única y obsesiva pregunta: ¿Por qué ha habido un estalinismo? ¿Por qué dura aún? Escena tras escena, a través de la objetiva ambigüedad de la historia y el papel que en ella tuvieron los personajes, Weiss trata de dar una respuesta, una especie de guía interpretativa del fenómeno que el comunismo oficial se obstina en llamar todavía «culto a la personalidad».

La secuencia de las escenas no es cronológica. Desde la reclusión en Alma Ata hasta la colonia penal de Wercholenk, desde su estancia en Londres hasta la revolución de 1905 o la revuelta de Kronstadt, la memoria de Trotsky vuelve a encontrar a los personajes que con él fueron protagonistas de la revolución y a discutir con ellos. Pero es sobre todo con Lenin con el que discute el viejo Trotsky. Y con él revive las viejas discusiones, las viejas divergencias, las viejas polémicas. Y todo gira en torno a la misma e implícita pregunta: ¿Dónde nace el estalinismo?

Primera escena: En 1903, durante una tumultuosa discusión, cuando Lenin sostiene la necesidad del centralismo en el partido, Trotsky le contesta: «¡Será un partido autoritario que servirá sólo para crear un estado autoritario!». Y Lenin: «¡No queremos un partido de charlatanes, sino un partido de revolucionarios!». La respuesta de Trotsky es esta vez igualmente profética: «La organización del partido sustituirá al propio partido. El comité central sustituirá a la organización. Y aquél será sustituido a su vez por un dictador. Y por primera vez caerá bajo la guillotina la cabeza de León de Carlos Marx». Pero la mayoría está de acuerdo con Lenin. Así es como nace el bolchevismo. ¿Nace así también el estalinismo? Weiss no se pronuncia, sólo cuenta.

Segunda escena: Ha estallado la primera guerra mundial y Trotsky está entre los dirigentes del soviético de San Petersburgo. Su postura se acerca bastante a la de Lenin. Hace una pequeña autocrítica: «No hay que crear confusión en la clase obrera. Me he dado cuenta de que la vieja guardia no quería llevar adelante la revolución, que los mencheviques no son más que el ala izquierda de la democracia burguesa». ¿Tenía razón Lenin?

Weiss cuenta, Trotsky recuerda. ¿Otro «flash» de la memoria? Mil novecientos quince, en el Cabaret Voltaire, encuentro de Lenin con los padres del dadaísmo: Tristan Tzara, Hugo Ball y Richard Huelsenbeck. Se habla de la función del arte en la nueva sociedad. Lenin quiere un arte comprometido, un



arte al servicio de la revolución y del proletariado. Trotsky está con él. Los otros, los dadaístas, multicolores y un tanto históricos, abogan por la destrucción de la tradición y la libertad completa: «Da da, da da», Weiss los ridiculiza. No sin razón, quizá. Pero la escena no convence, parece superpuesta artificialmente al discurso serio, a la realidad de la guerra. Y otra escena: la revolución de febrero, el movimiento espontáneo de las masas y las iniciales incertidumbres del partido frente a las inesperadas «presiones desde abajo». De Zurich, Lenin vuelve trotskista, con las tesis de abril bajo el brazo y el programa de realizar la revolución proletaria. Trotsky se vuelve bolchevique. Esta, la parte central del drama, poco antes del final del primer acto, es probablemente una de las más conseguidas: Weiss, en pocos diálogos, hace justicia a la figura de Trotsky y a su papel determinante en la revolución rusa. Ya no existen divergencias de fondo entre él y Lenin, y los dos se complementan mutuamente. Pero, ¿dónde nace el estalinismo?

El segundo acto se abre con el encuentro entre Lenin y la «oposición obrera», uno de los momentos más dramáticos de la guerra civil, en un periodo en que el Ejército Rojo no combatía sólo a los ejércitos contrarrevolucionarios, sino que se veía obligado a aplastar las revueltas obreras: represión de Kronstadt. Trotsky teoriza la necesidad del terror de masa para combatir a la burguesía, los socialrevolucionarios y los mencheviques, pero rechaza el terrorismo individual. Lenin anuncia la NEP y refuerza la autoridad del aparato. Entonces se forma la oposición obrera guiada por Alexandra Kollontai.

«La inquietud y la insatisfacción aumentan cada día que pasa desde que decidisteis retrasar la construcción de la democracia obrera. Y ahora las purgas. ¿Por qué se expulsan a decenas de millares de compañeros, de compañeros que han peleado con nosotros?», pregunta la Kollontai. Y Lenin: «Compañera Kollontai, hemos de combatir a la contrarrevolución, estamos aislados, no podemos contar con una próxima revolución mundial. Debemos apoyarnos en la violencia dictatorial».

«En nuestro programa —dice la Kollontai— prometíamos luchar precisamente contra la burocracia, hacer que todos los compañeros participasen en las labores administrativas. Estábamos contra los especialistas. Toda la población debía ser invitada a colaborar, queríamos elevar el nivel cultural de cada uno para eliminar el aparato estatal, para crear al hombre nuevo: contra la familia, contra la disciplina, a favor de la autonomía».

La izquierda obrera, representada por la Kollontai y por Sliapnikov, sostiene la necesidad de una revolución obrera democrática contra la dictadura de partido. Pero Lenin y Trotsky ven en todas partes sólo anarquía y falta de preparación de las masas. La Kollontai insiste: dictadura obrera, sí, pero dictadura de los obreros, de todos los obreros: «Compañero Trotsky, estamos a favor de una dictadura intransigente, una dictadura de la clase obrera, pero con la participación total de la población. Sin la participación de las masas en el poder la planificación se vuelve autoritaria. ¿Queréis de verdad construir el socialismo como los faraones sus pirámides?».

Lenin y Trotsky contestan que es necesario crear cuadros dirigentes

calificados, y se oponen a la formación de oposiciones organizadas dentro del partido.

¿Es aquí donde nace el estalinismo? ¿Es el sello de Kronstadt que pesa en los padres de la revolución?

Weiss cuenta, Trotsky recuerda. Otra escena: El testamento de Lenin, enfermo de muerte. Lenin trata de salvar lo salvable eliminando a Stalin, y con Stalin, la autocracia burocrática que envenenaba la revolución de octubre.

«Lev Davidovic —le dice Lenin a Trotsky—, cread una comisión para la lucha contra la burocracia en la administración, formad una comisión obrera encargada de controlar la dirección del partido. Hemos de empezar inmediatamente». Trotsky comenta: «Contigo habría podido resistir, habría podido luchar contra los métodos burocráticos. Pero, tras tu muerte, sólo quedó la lucha por el poder, y yo no podía participar en ella».

Mil novecientos veintiséis: Tras escapar de las manos de Lenin y de Trotsky, el aparato se ha independizado y está totalmente sometido a la voluntad de Stalin. En el drama de Weiss, Stalin no aparece apenas. Los personajes hablan de él como del Epígono, el Dictador, pero su presencia obsesiva es, en el fondo, el hilo rojo que liga las escenas del «Exilio...», el «deus ex machina» del martirio de Trotsky y el de la revolución.

Después de la larga escena de los procesos de Moscú contra Radek, Bucharin y Zinoviev, casi al final del drama, Trotsky, en conversación con Breton y Rivera, hace el balance de la situación: «Estamos de acuerdo; el nuevo orden social que debía eliminar la lucha del hombre contra el hombre se ha conver-

tido en un sistema que se dirige contra el hombre. Pero no puedo estar de acuerdo con vosotros cuando decís que el socialismo no podrá jamás volver a levantarse después de este inmenso «shock» histórico. Lo que ha sucedido no demuestra la falsedad del socialismo, sino la imperfección de nuestra acción revolucionaria. No hemos conseguido extirpar la debilidad humana, la bellaquería, la infamia humana. Veis, la revolución en la Unión Soviética tiene menos de veinte años. La revolución en China va progresando. El movimiento de liberación en Indochina parece que se refuerza...».

Frases de hace treinta años. Desde entonces ha pasado mucha agua bajo los puentes del Volga. ¿Qué dice Weiss? ¿Está de acuerdo con estas frases de Trotsky?

No se sabe. Weiss sólo pretende contar. La única escena en la que parece adoptar una postura es hacia el final del drama, durante un coloquio con estudiantes de diversas nacionalidades en Grenoble. En él, Trotsky habla de las esperanzas que tiene en el Tercer Mundo, en la «revolución que vendrá del calor».

¿Qué resonancia tendrá esta obra política del dramaturgo alemán? ¿Qué espera de ella Peter Weiss? En una conferencia de prensa, celebrada inmediatamente después de la representación, el autor dijo que había escrito la obra pensando en los países socialistas. ¿Lo dijo en plan irónico o por ingenuidad? ¡Quién sabe! De todas formas, su proyecto de verla representada en Varsovia, Budapest o Moscú no se hará tan pronto realidad. Con las gafas de burócrata comunista, «Trotsky en el exilio» puede ser vista solamente como apología de un delito. ■ CLAUDIO POZZOLI.